

aunque tal sea el deseo de la Nación. De estos ejemplos encontramos uno grandioso en nuestras hermanas repúblicas de Sud América: en Bolívar, que por ningún motivo consintió seguir al frente del gobierno; contestando á los que le decían que era necesario para la patria que se volviera á reelegir: «La Nación cuya existencia depende de un solo hombre, no puede tener vida duradera». . . . y en nuestra vecina del Norte, dos ejemplares no menos sugestivos: Wáshington, el héroe de la independencia americana, no aceptando su segunda reelección, porque decía que se sentía ya menos demócrata con ocho años de habitar la Casa Blanca, y Roosevelt que prefirió la gloria de imitar el ejemplo del padre de la patria, en vez de seguir el consejo de sus amigos y los impulsos de su ambición personal.

Estos ejemplos son cada vez más frecuentes en las naciones civilizadas, en donde todo el mundo respeta la ley y en donde impera la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza, como en los pueblos atrasados.

Aun en la mayoría de las repúblicas centro y sud americanas, vemos esos cambios pacíficos y en Europa hemos presenciado el desmembramiento de un reino (el de Suecia y Noruega) sin efusión de sangre.

Como se ha visto, es más fácil que lo que á primera vista parece, conservar el poder, sobre todo cuando se ha llegado á él de un modo violento, si es ese el principal móvil del gobernante; siendo las principales razones las siguientes:

En todo pueblo por más avanzado que se en-

cuentre, no son muchos los pensadores, los escritores, los estadistas, los militares que dirigen la opinión pública, y de éstos, la mayoría no son de principios tan rectos ni de tan acendrado patriotismo, que rechazan perseverantemente las prodigalidades del Jefe del Gobierno y prefieren ser víctimas de toda clase de persecuciones, dando por resultado, que es fácil seducir á la mayoría; en cuanto á la minoría, todo se reduce á saberse deshacer de ella aprovechando la época de entusiasmo y, proceder con gran habilidad y paciencia, resultando, que cuando la Nación quiera darse cuenta de ese hecho, será porque todos los ciudadanos rectos, dignos é incorruptibles que podrían servirle de guías, han desaparecido, y ella misma se encontrará maniatada á los piés del ídolo elevado por sus propias manos.

**Política centralizadora.** Una vez expuesto lo anterior, veremos como llevó á la práctica el General Díaz estos principios generales para llegar á centralizar en sus manos la mayor suma de poderes que es posible, aun para un monarca autocrático.

Desde luego observamos en todos los actos de su gobierno, el sello de la idea fija que le conocemos, pues desde que ocupó la silla presidencial, todos han tendido á asegurar su permanencia en ella; pero no ha ido á su objeto brutalmente, con audacia, sino que ha procedido con cautela suma, valorizando con calma la importancia de los obstáculos que se atravesaban en su camino, los cuales procuraba más que vencer, hacer á un lado; en cuanto á las personas que se oponían á su política,

siempre ha principiado por intentar seducirlas, atraerlas á su lado, ofreciéndoles puestos públicos de importancia, ó proporcionándoles el modo de enriquecerse fácilmente; sólo con los irreductibles, con los que no han querido doblegarse, que han rechazado toda capitulación, ha empleado del rigor; á unos los hizo abandonar el suelo patrio; otros lo abandonaron por sí solos; algunos fueron nulificados, valiéndose para ello de una paciencia, de un arte en el que nadie le supera: por último, algunos, los menos por cierto, han desaparecido de la escena política por medio de procedimientos cuya legalidad es muy discutible.

Por este motivo se ha descrito gráficamente la política del Gral. Díaz en dos palabras: «pan ó palo» y el notable tribuno y escritor, Ing. Francisco Bulnes, la ha condensado en su célebre frase «El minimum de terror y el maximum de benevolencia.»

Esta hábil política, seguida con constancia, ha dado por resultado que todos los hombres de prestigio que podrían hacerle alguna sombra, que pudieran servir de guías al pueblo, han desaparecido del campo de la oposición para ir á engrosar las filas de los presupuestívoros; ó bien, decepcionados, se han retirado á la vida privada.

Como lo que siempre ha importado al General Díaz es que no se opongan á su política personal, ha sido sumamente tolerante en cuestiones de principios, y con los brazos abiertos recibe en sus filas á liberales y conservadores, y ha puesto en vigor la política de conciliación con el clero, la cual ha dado muy buenos resultados en el sentido de bo-

rrar odios antiguos, pero en cambio, ha sido irreconciliable con los que han seguido siendo partidarios del hermoso ideal que él mismo proclamó en el plan de Tuxtepec: la no-reelección.

El General Díaz ha tenido que emplear mucha habilidad para llegar á los resultados que ahora palpamos.

Los primeros pasos que dió en el poder fueron para cumplir los ofrecimientos que hizo á la Nación, y desde luego se ocupó en expedir las proclamas y decretos necesarios á fin de reformar la Constitución en el sentido indicado; pero esa reforma no fué franca; el General Díaz no se atrevió,— quizá porque no se sentía bastante fuerte—á burlar á la Nación desde luego, y le pareció prudente esperar; pero por lo pronto, al hacer la reforma, dejó una puerta abierta para volver al poder.

El artículo 78 quedó reformado en los siguientes términos: «El Presidente entrará á ejercer sus funciones el 1º de Diciembre y durará en su encargo cuatro años, no pudiendo ser reelecto, SINO CUATRO AÑOS DESPUÉS DE HABER CESADO EN SUS FUNCIONES.»

Una vez hecha esta reforma á la Constitución que le permitiría volver á la Presidencia, se ocupó en preparar lo mejor que pudo el terreno; influyendo para que los puestos de Gobernadores en los Estados fueran ocupados por amigos suyos de los más adictos, y empezando á promover la construcción de ferrocarriles, que á la vez que derramaban cierto bienestar en la República, le facilitarían el modo de mandar prontamente sus ejércitos á las

más lejanas regiones del territorio nacional, para sofocar cualquiera intentona revolucionaria.

Con sus grandes dotes administrativas, procuró reorganizar la Hacienda, pero no pudo desde luego, nivelar por completo los presupuestos.

Durante ese período, rodeado de la aureola de popularidad que se había creado, no necesitó perseguir á la prensa, pues fácilmente atrajo á su lado á los escritores que sostenían á la administración anterior á la suya, puesto que siempre son venales los escritores gobiernistas, y además, contaba con el apoyo decidido de toda la prensa independiente que en el terreno de la idea, le fué un poderoso auxiliar en su lucha contra la administración del Señor Lerdo.

En los Estados, tampoco tuvo grandes dificultades para obtener cambios favorables á sus proyectos, porque el prestigio de la victoria le allanaba todos los caminos, sobre todo para hacer á un lado el elemento Lerdistas.

Durante su primer período, uno de los sucesos más notables, fué la contra-revolución iniciada por el General Escobedo con tan mal éxito, que antes de disparar un tiro había caído en manos del General Díaz, que se contentó con procesarlo y nulificarlo. El General Escobedo fracasó, porque no tenía ni la audacia, ni la astucia necesarias para ser revolucionario. Él, solo sabía atacar de frente á los enemigos de su patria y su grande alma no estaba educada para promover guerras fratricidas.

Otro acontecimiento más trágico y de resultados más trascendentales, fué el de los fusilamientos de Veracruz, debido á que el gobierno tenía sospechas

de que algunos jóvenes intentaban levantarse en armas.

Como hemos querido dar á este trabajo un carácter de gran moderación, nos abstenemos de narrar este episodio en todos sus detalles y de comentarlo, pues difícilmente podríamos reprimir los impulsos de nuestra indignación.

Sólo diremos que ese acontecimiento ha influido grandemente para infundir el terror más vergonzoso en las multitudes, y ha paralizado los esfuerzos de los buenos hijos de México, de los celosos de sus derechos, de los amantes de sus libertades y de su gloria.

\* \*

El General Díaz, acababa de reformar la Constitución en el sentido de la no-reelección y le era imposible reelejirse de nuevo, pero como había dejado una puerta abierta para volver á la Presidencia, quizo aprovecharse de ella,

Para lograr ese objeto, era necesario que su sucesor le debiera todo á él, á fin de que le fuera muy adicto, y además, que no tuviera grandes méritos para que en ningún caso pudiera serle un competidor peligroso.

Esa persona la encontró en el General Manuel González que no tenía más mérito que el de haber cooperado muy eficazmente al triunfo de las armas tuxtepecanas en la batalla de Tecuac.

El General Manuel González, era el tipo del militar audaz y caballeroso; leal con sus amigos y franco en su trato con todos, así como en los actos de su administración. Esto le convenía al Gene-

ral Díaz, porque en la palabra de un hombre tal, podía confiar, podía estar seguro de que fielmente cumpliría el pacto que celebraron entre ambos, para alternarse en la Presidencia.

En cambio, á la Nación no le convenía el nombramiento del General González para Presidente, pues no era sino un soldado audaz que no tenía ningún prestigio, ni ningunos méritos como estadista, como lo demostró con el desbarajuste que reinó durante su administración, desbarajuste que permitió la improvisación de enormes fortunas.

**Administración del General González.**

Los acontecimientos más notables durante su administración, fueron los motines populares provocados con motivo de la emisión del níquel, y las tempestades levantadas en la cámara, porque el gobierno quería reconocer la deuda inglesa.

Poco antes de terminar su período presidencial, reformó la Constitución con el objeto de que los periodistas en vez de ser juzgados por jurados, lo fueran por jueces, es decir, administrativamente, puesto que éstos son nombrados por el gobierno del centro, á pesar de disponer otra cosa la Constitución. Prácticamente quedó la prensa á merced del gobierno, sin más libertad que la que buena-mente le conceda aquél.

Lo administración del General González se hundió en el desprestigio más absoluto.

**Vuelve á la Presidencia el General Díaz.**

Sin embargo, su círculo de amigos le instaban para que se relijiera, pero él no quizo faltar á la fé de su palabra y

volvió á entregar las riendas del poder al General Díaz, que fué electo Presidente de la República, pues además de que estaba apoyado por el elemento oficial, tenía las simpatías de la Nación, pues comparado el desbarajuste de la administración del General González con la anterior del General Díaz, resaltaba más el relativo orden de ésta, y todo el mundo esperaba como un salvador al General Díaz que con beneplácito de la Nación volvió al poder.

Sin embargo, á pesar de que la Nación aceptaba gustosa su nuevo Presidente, no se verificaron elecciones en regla; de igual manera se había hecho para nombrar al General González.

¿A qué atribuir esta pasividad de la Nación?

La razón es muy sencilla.

Cuando estaba en el poder el Sr. Lerdo, existían dos grandes partidos políticos: los Lerdistas representando al gobierno constitucional, y los Porfiristas que hacían la oposición por cuanto medio tenían á su alcance, inclusive con las armas en la mano.

El partido Porfirista llegó á ser el más popular, porque hacía los ofrecimientos más halagadores á la Nación, y al fin triunfó, pero este triunfo se obtuvo con las armas en la mano, y la organización del partido Porfirista tenía que resentirse de ese hecho, llegando á estar constituido como un gran cuerpo de ejército que obedecía á la consigna.

El gran defecto de los partidos personalistas es, que una vez obtenido el triunfo y que el partido llega al poder, nadie vuelve á ocuparse de la cosa pública, dejando todo en manos de su jefe y limi-

tándose á obedecer sus órdenes ciegamente, sobre todo cuando el triunfo se obtiene por medio de las armas.

El triunfo del Porfirismo, acabó muy pronto con el Lerdismo, pues el General Díaz con su hábil política, logró seducir á la inmensa mayoría de los Lerdistas, y los pocos que permanecieron fieles no pudieron organizar ningún movimiento democrático, porque era una locura intentar ese sistema contra una dictadura militar naciente, que no vacilaba en recurrir á medidas de terror para consolidarse, como lo demostraron los acontecimientos de Veracruz.

Por este motivo el General Díaz no tuvo ninguna oposición para su nueva elección, ni hubo elecciones en regla. Cuando volvió á empuñar las riendas del gobierno, encontró más acostumbrada la Nación al régimen tuxtepecano.

Ocho años de paz, y la construcción de algunas vías férreas, habían traído cierto bienestar á la Nación por el dinero que se había desparramado y por la nueva vida que sentían las industrias y el comercio.

Se iniciaba con los ferrocarriles, la nueva era de progreso material que ha alcanzado á todo el mundo civilizado.

La Nación, cansada de tantas revueltas y habiendo empezado á gustar del bienestar que trae la paz, se adormeció ante el atronador ruido de los ferrocarriles, de las industrias, de la actividad comercial; sintió nueva savia que corría por sus venas y dejó que ésta ejerciera su saludable influencia en su debilitado organismo.

No volvió á ocuparse de la cosa pública, dejando todo el poder en manos de su Caudillo, en cuyas promesas confiaba.

Este estado en que se encontraba la Nación, permitió al General Díaz preparar á la sordina su reelección, pues principió por ejercer presión en los Estados para que resultaran electos gobernadores adictos á él.

Parece que tuvo más dificultad para quitar á los gobernadores francamente Gonzalistas, que reconocían al General González como jefe y que tenían esperanzas de que volviera al poder, que la que había tenido para remover á los Lerdistas, que carecían de jefe, y que se encontraban sin ningún apoyo, y que de por sí solos cayeron al triunfo de la revolución de Tuxtepec.

En los Estados en donde encontraba esas dificultades, buscaba cualquier pretexto, ó hacía que sus amigos promovieran algún disturbio para declararlos en estado de sitio y después se verificaban las elecciones bajo la presión de sus bayonetas y según sus deseos.

De este modo fueron nombrados los gobernadores de Coahuila, Tamaulipas, y otros muchos, notablemente el de Nuevo León, pues desde aquella época es gobernador de aquel Estado el General Reyes, que tomó por asalto á Monterrey.

Con esta política, logró que todos los miembros del Congreso y del Senado así como la mayoría de los gobernantes fueran de sus incondicionales y sólo entonces hizo que se reformara de nuevo la Constitución; pero para no alarmar á la República ni á muchos de sus amigos que también codiciaban

la silla presidencial, se reformó en el sentido de que sólo una vez podía ser reelecto el Presidente de la República; á la vez quedaron facultados los Gobernadores de los Estados para reformar las Constituciones locales en el mismo sentido.

El pacto estaba celebrado.

El General Díaz apoyaría á los gobernadores para que se reelijeran indefinidamente, y éstos lo sostendrían contra todo viento y marea en la silla presidencial.

Desde esa época, se han perpetuado en el poder, tanto el General Díaz, como la inmensa mayoría de los Gobernadores de los Estados.

Raros han sido los cambios entre estos últimos. Casi el único factor que los ha determinado, ha sido la muerte, único elemento anti-reeleccionista que subsiste en la República.

Los cambios debidos á la opinión pública, son rarísimos: más allá nos ocuparemos de ellos.

Los gobernadores, siguiendo la misma política del General Díaz, han nombrado á la vez Jefes Políticos ó Presidentes Municipales que se han perpetuado en el poder, constituyendo verdaderos cacicazgos.

De esa manera, prácticamente se ha centralizado el poder y concentrado todo en manos del General Díaz, pues desde el momento en que los gobernadores deben á él su puesto, así como las autoridades inferiores, hacen las elecciones á su gusto y para la elección de Diputados, Senadores, Magistrados, etc., sólo se consulta su opinión.

Esto ha hecho que entre los políticos se designe

familiarmente al General Díaz con el nombre de «El Gran Elector.»

La imprenta, el cuarto poder en los pueblos libres, fué amordazada con la ley expedida durante la administración del General González.

De esta ley no podemos hacer responsable á otro que al General Díaz que fué quien se aprovechó de ella, pues fué expedida poco antes de que el General González dejara el poder. Además, si el Gral. Díaz no la hubiera aprobado, fácil le hubiera sido derogarla.

Uno de los actos del General Díaz fué limpiar los caminos de salteadores, y para abreviar los procedimientos, se puso en vigor «la ley fuga» según la cual, los que conducían á algún delincuente, tenían derecho de hacer fuego contra él al apercebirse de que intentaba fugarse.

Esos someros procedimientos limpiaron muy pronto el país de bandidos, pero había dado tan buenos resultados esa práctica, que siguieron aplicando el mismo procedimiento á todos los descontentos, á todos los amantes de la libertad, que en su pequeña esfera protestaban contra las arbitrariedades de sus caciques.

¡Cuántas infamias quedaron sepultadas en las encrucijadas de los caminos!

¡Cuántos oscuros mártires que con su sangre, regaron el árbol de la libertad!

\* \*

Con esta serie de medidas y debido principalmente á las razones más arriba expuestas, la Nación estaba tranquila y dejaba toda libertad de ac-

ción al General Díaz, pero para obligar á sus turbulentos compañeros de armas á guardar la misma tranquilidad, tuvo que recurrir á otros medios.

A los más, les dió empleos de importancia en su administración ó los hizo nombrar Gobernadores de los Estados, puestos que consideraban como filones inagotables que con gran habilidad han sabido explotar.

A otros les daba concesiones que aunque ruinosas para la Nación en la mayoría de los casos, eran para los concesionarios, fuente inagotable de riquezas.

Casi todos los terrenos nacionales, han sido repartidos de esa manera, logrando hacer riquísimos á sus dueños, sin dejar casi ningún producto á la Nación, que tan bien podía haber utilizado esos terrenos formando colonias de agricultores para fomentar la inmigración.

Con esta táctica, logró enriquecer á sus compañeros de armas y tenerlos tranquilos, pues el elemento anti-revolucionario por excelencia, es la riqueza.

Sin embargo, no todos sus amigos se contentaban con tener riquezas; algunos de ellos aspiraban á la Presidencia de la República, ó por lo menos no estaban contentos con la reelección indefinida del General Díaz. Estos fueron vigilados cuidadosamente y como resultado de esa estricta vigilancia, parece que fué descubierta una conspiración encabezada por el General García de la Cadena.

No se supo más, sino que este General fué fusilado en el Estado de Zacatecas sin formación de causa.

Este General había sido de los que combatieron al lado del General Díaz contra la administración Lerdistista.

¿Cómo comentar ese acto?

¿Sería necesario para consolidar la paz, como dicen los partidarios de la actual administración?

Pero ¿qué no había leyes para juzgarlo?

¿Qué, habiéndole encerrado en alguna fortaleza por unos seis ú ocho años, no se hubiera obtenido el mismo resultado?

De cualquier modo que sea, la causa del General García de la Cadena gozó de pocas simpatías en la República, pues todo el mundo se estremecía al anuncio de una revolución.

El país había gustado los beneficios de la paz y quería conservarla indefinidamente.

Es cierto que empezaba á sentirse la necesidad de un cambio en las esferas del poder, pero la Nación entera deseaba desde entonces que ese cambio fuera pacífico, por los medios legales, porque estaba desengañada de que nunca le cumplirían sus promesas los caudillos que toman las armas para ascender al poder y una revolución siempre llevará al poder al afortunado militar que la consume, y éstos nunca darán á la República, libertades; lo único que ésta puede esperar de ellos, es una buena administración y que no hagan sentir demasiado el filo de su sable.

En este sentido, difícil es encontrar un militar que supere al General Díaz y si la República ha de seguir dominada por el sable, el de nuestro actual mandatario es preferible á cualquier otro, pues la gran moderación con que ha usado del poder, es

admirable y difícil de igualar, pues además de sus particulares virtudes, han concurrido muchas otras causas que le han facilitado su acción.

Quizá para el cumplimiento de los inescrutables designios de la Providencia, hemos sido gobernados por un militar que ha tenido mano de hierro para sofocar las ambiciones de los de su género y para acabar siempre con el germen del militarismo que tan funesto ha sido para la República.

El General Díaz ha prestado dos grandes servicios á la Patria: acabar con el militarismo que ha perdido todo su brillo engañador y su prestigio en 30 años de paz; y borrar los odios que dividían á la gran familia mexicana por medio de su hábil y patriótica política de conciliación, pues aunque él se haya apoyado en esta política para conservar el poder, no por eso pierde su mérito, sino que al contrario, da testimonio de él, el éxito obtenido.

Parece que todo, hasta la misma fatalidad, ha concurrido á allanar al General Díaz los obstáculos para desarrollar su plan.

Prácticamente había logrado seducir ó amordazar á la prensa; los antiguos partidarios del Señor Lerdo ocupaban puestos de importancia en su gobierno, ó se habían retirado á la vida privada; los militares capaces de levantarse en armas eran estrechamente vigilados, ó estaban á su lado ocupando puestos de confianza; los demás, como Escobedo, habían sido nulificados; otros se encontraban proscriptos como el General Ignacio Martínez que desde Laredo Texas atacaba violentamente al Gobierno, y cuyos ataques fueron suspendidos por

la muerte que encontró en manos de misteriosos agresores; la Nación adormecida con el progreso material, estaba tranquila. Sólo quedaba un Jefe de prestigio entre los que no habían manchado la hoja de sus servicios en la revolución; ese Jefe, gobernando con acierto al Estado de Jalisco, y rodeado de una aureola de gloria que no había logrado disipar el tiempo, se erguía potente ante el General Díaz; las miradas de los amantes de la libertad se dirijían ansiosas hacia su épica figura, y toda la Nación esperaba que el General Corona, sería el único que podría contrabalancear el poder creciente del General Díaz.

Parece que esas ansiosas miradas empezaban á cristalizar en hechos más tangibles, y que se dió principio á la organización de trabajos democráticos para lanzar á la Nación la candidatura del General Corona para Presidente de la República; pero á los pueblos que abdican sus libertades, parece que la fatalidad los persigue, quizá con el objeto de castigarlos duramente por su criminal indeferencia; el hecho es que ese hado terrible quitó á la Patria el único hijo en quien cifraban todas sus esperanzas los amantes de la libertad.

El hecho brutal fué consumado por un maniático que hundió su acerado puñal de doble filo en el pecho de nuestro héroe, privándolo de la existencia.

El asesino, muy pronto pagó la inmensa deuda que acababa de contraer, pues á pocos pasos del lugar en que yacía su víctima, encontró la muerte cayendo al golpe de la misma cortante y misteriosa daga que con tan siniestra destreza acababa de ma-



nejar para quitar á la Nación Mexicana, uno de sus hijos más preclaros, de sus héroes más caballerosos, más nobles, más leales, de un valor legendario, de una magnanimidad sin igual, de un talento despejado, de un corazón que tenía la limpidez más pura.

Pero notamos que el recuerdo de este héroe querido, á cuya memoria quisimos tributar este débil homenaje, nos aleja de nuestra narración.

Volvamos á ella.

Hemos visto que la serie de medidas tomadas por el General Díaz, eficazmente secundado por la Nación y por las circunstancias especiales que lo rodeaban, dieron por resultado afirmar la paz.

Pero el General Díaz no se contentaba únicamente con ese objeto, reprimiendo con mano de hierro cualquier intentona revolucionaria, sino que tampoco permitió que se desarrollara ningún movimiento democrático; ni general en la República, ni local en los Estados, como lo demuestra la suerte del naciente Partido Liberal que fué muerto en su cuna con los atentados de San Luis Potosí, y los movimientos locales de algunos Estados para sacudir el pesado yugo de sus déspotas, cuyos movimientos fueron sofocados por medios violentos.

\*  
\* \*

Hemos visto los principales medios de que se valió el General Díaz para consolidar su gobierno; veamos ahora cómo obraron estos medios sobre el organismo de la Nación, para adormecerla y hacerle perder sus más caras libertades.

El principal resultado obtenido con las diferentes

medidas ya expuestas, fué la consolidación de la paz, que aunque mecánica y artificial, tendría que dar determinados resultados si se prolongaba.

Habiéndose logrado ésto, la agricultura, la minería, la industria y el comercio pudieron desarrollarse libremente; los capitales que estaban ocultos fueron invertidos en el desarrollo de diferentes empresas y se empezó á sentir una oleada de bienestar en la República.

A la vez que aumentaba el comercio, aumentaban las entradas al tesoro nacional, lo que le permitía atender á sus gastos más urgentes.

Esta situación bonancible, aumentó el crédito de la República en el extranjero y el gobierno del General Díaz aprovechó esta circunstancia para emitir frecuentes empréstitos.

Aunque según se dice, parte de éstos fueron derrochados ó repartidos en forma de comisiones, la mayor parte se gastaba en obras públicas, sobre todo en la construcción de ferrocarriles, puertos, y demás vías de comunicación.

Los ferrocarriles principalmente desparrramaron mucho dinero en el país, aumentando el bienestar económico por lo pronto, é impulsando después todas las fuentes de riqueza nacional.

Esta prosperidad creciente se traducía en el extranjero por aumento de crédito, del cual ha seguido haciendo amplio uso el gobierno del General Díaz, hasta el grado de que ahora gravita sobre la Nación una deuda enorme.

Con el producto de esos empréstitos se siguieron desarrollando nuestras redes ferroviarias y aumentando las facilidades en nuestros puertos, siguién-

dose así un encadenamiento de causas y efectos que han tenido por resultado un progreso real en cuestiones económicas, pues se ha multiplicado prodigiosamente la riqueza nacional.

Este movimiento portentoso, que tendía á restañar la sangre que aun manaba por las heridas abiertas en las últimas guerras fratricidas; que tenía por objeto dar nueva vida á la República, absorbió toda la atención de los mexicanos que con ahínco se dedicaron al trabajo, habiéndose acostumbrado á él á tal grado, que ahora manejan con mayor facilidad el arado que la bayoneta.

La Nación, adormecida con el ruido de los silbatos del vapor, fuerza propulsora de la industria; deslumbrada con las múltiples y admirables aplicaciones de la electricidad; ocupada por completo en su desarrollo económico, fiada en la palabra de su Caudillo, no volvió á ocuparse de la cosa pública.

Las débiles voces de la prensa independiente no lograban hacerse oír en medio de aquel ruido atronador. Todos pensaron en enriquecerse; poquísimos se preocupaban de sus derechos políticos.

El General Díaz, en quien tanto confiaba la Nación, aprovechó esa confianza para afianzarse más y más en el poder, pues las riquezas que desparataba á manos llenas aumentaban los intereses creados á su sombra. La indefinida reelección de los gobernadores hacía que su administración echara hondas raíces, y todas esas raíces iban á alimentar y á sostener el poder absoluto del General Díaz.

Este, por ningún motivo perdía de vista la idea fija que siempre ha acariciado; y que ya le conocemos.

Por este motivo vemos que cuando toda la Nación piensa en su progreso económico y olvida por completo la funesta costumbre de las revoluciones, solo él se prepara sordamente á la guerra, aumenta el efectivo del ejército, lo dota del armamento más moderno, acumula cerca de él los elementos de destrucción más eficaces, almacena cañones de todos los tipos, sobre todo el de montaña, que es el que más se necesita en las guerras civiles.

Estos armamentos, podría creerse que tienen por objeto preparar la defensa nacional contra algún ataque eventual de nuestro poderoso vecino del Norte, pero no es así, pues la principal defensa contra esa Nación tan poderosa, sería estrecharnos todos los mexicanos en abrazo fraternal, en respetarnos nuestros mutuos derechos, en trabajar todos unidos por levantar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, haciéndolo más fuerte, por medio de la instrucción; más digno por medio de las prácticas democráticas; más patriota con la conciencia de sus propios derechos; más hábil en la guerra, por medio de una educación militar adecuada; y nada de esto ha hecho el General Díaz; lo único que le ha preocupado, es sostenerse en el poder. Por este motivo ningún punto estratégico de la frontera del Norte se encuentra fortificado, porque quiere tener los cañones cerca de él, en la misma capital de la República, como el mejor auxiliar de sus bayonetas.

En una palabra, el General Díaz ha reconcen-

trado en sus manos un poder absoluto para poderse sostener en el poder. Sólo de este modo podía gobernar á la República según su voluntad, y sin respetar la libertad de imprenta, que podía despertar al pueblo y dirigir la opinión; el derecho de reunión, que podía haber uniformado la opinión en su contra; la Soberanía de los Estados, que podrían haberle mandado Diputados y Senadores independientes que entorpecieran su acción y que podrían haber elegido Gobernadores que no hubieran sido tan complacientes para obsequiar sus deseos manifiestos y aún los que ni él mismo se atreve á manifestar.

La Nación se ha dado cuenta de esa situación cuando pasó la influencia del primer entusiasmo que le causó el entrar en la nueva era de progreso material; pero ha comprendido que para conquistar sus derechos tendría que emprender una sangrienta revolución para derrocar al General Díaz, que difícilmente se resolvería á permitir que por medios legales se le quite un poder que él conquistó en Tecoac con la punta de su espada.

La Nación ha preferido hacer el sacrificio de sus libertades por algunos años más, en aras de la paz.

Confiaba en que el día que el General Díaz desapareciera de la escena política, recobraría sus derechos; pero esa confianza ha desaparecido desde la institución de la Vice-Presidencia, que tiene por objeto visible proteger los intereses creados á la sombra de la actual administración.

La Nación se contentaría por ahora con que se le permitiera nombrar al Vice-Presidente, que in-

dudablemente será el sucesor del General Díaz, pues su avanzada edad hace muy probable que no llegue con vida al año de 1916, fin del próximo período presidencial.

Para lograr aunque sea esa débil concesión, parece que el país se está resolviendo á sacudir su letargo; pero el despertar de los pueblos suele ser tormentoso, y á nosotros, los que pretendemos guiar con nuestros escritos la opinión pública, nos corresponde la tarea de encauzar las energías populares por el anchuroso camino de la democracia, á fin de evitar que se desvíen por los tortuosos senderos de la revuelta y de la guerra intestina.